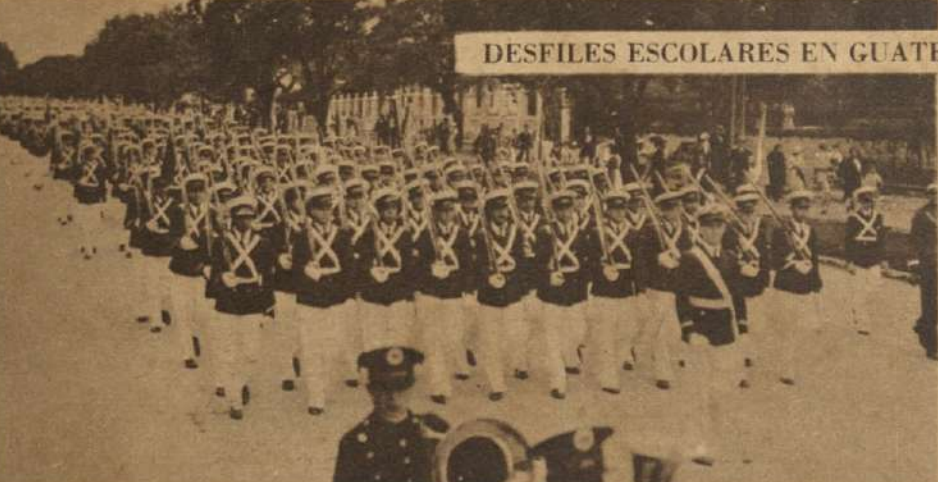


JESUS Y ZAKKAI, por Relyek.

Según la leyenda, Zakkai, publicano de Jerico, subió a una higuera al saber que se acercaba Jesús, y este al pasar, lo llamó por su nombre sin haberlo visto nunca. Asombrado ante el divino poder de su interlocutor, Zakkai prometió dar la mitad de su patrimonio a los pobres y vivir con rectitud. Este episodio es mencionado en el Evangelio de Lucas (19:1-10).



UNA JOYA NATURAL.—Cerca de Innsbruck, en el alto Tirol, puede admirarse la blanca silueta de este castillo medioeval reflejándose en las apacibles aguas de un lago cuya serena superficie reproduce con fidelidad fotográfica el paisaje que lo domina.  
(Authenticated News Photo)



DESFILES ESCOLARES EN GUATEMALA, EN UNA FIESTA NACIONAL

Instituto Nacional.



Instituto Nacional de Belén.



Seminario.



Calistenia ante el templo de Minerva.

# SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA — INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción

CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.

CIRCULA LOS SABADOS

PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO VI

GUAYAQUIL (ECUADOR), 16 DE ENERO DE 1937

Nº 293



Foto GONZÁLEZ Esquivel.

Foto GONZALES

## SARITA BONILLA

Muy espiritual y muy artista, encarnando en sí el alma sentimental y romántica de la mujer latina. Silueta evocadora de ilusiones distantes, que brillan con el fulgor de la primera estrella de la tarde.





# LADRONES DE FRAC

POR  
PACO CEVALLOS



Edmundo García, el abogado criminalista de fama, extendió cuanto le fué posible las piernas debajo de la gran mesa escritorio y sombriamente examinó los papeles que tenía entre manos.

Sus ojos tristes y grises como el humo, decían su inmensa incertidumbre y las líneas profundas que habían a lo largo de su frente hablaban de su enorme preocupación.

Esperaba con impaciencia ver al Juez del Crimen. El había presidido el tribunal y fué quién sentenció a muerte a su cliente.

El doctor García hizo cuanto pudo a fin de demostrar su inocencia pero todo fué inútil.

El día de la ejecución fué a ver al Juez en su casa. Le recibió enseguida. El Juez apreciaba mucho a Edmundo. ¿Tiene alguna nueva prueba? —inquirió. Había en su voz una nota extraña. Gerardo Gómez era un Juez con todo el aspecto de un Juez. Alto, de anchas espaldas, sus cabellos blancos prestan a su rostro un aire de distinción. Era un Jurisconsulto, de aquellos que hasta los abogados los respetan.

Si usted, me concede una hora —contestó el doctor García.—

Es la una de la mañana. La ejecución está señalada para las dos, tiene pues, sesenta minutos. Le escucho.

Este crimen doctor Gómez —empezó diciendo Edmundo— lo he estudiado detenidamente en su proceso y lo he encontrado análogo a otros que he defendido de oficio, sin que se haya podido nunca localizar al criminal. Hoy a mi concepto hay una víctima inocente.

Eran las dos de la mañana, los salones del "Club Prissien" uno de los más aristocráticos de la capital, habría sus puertas para despedir a la enorme concurrencia que había asistido al baile ofrecido por el Cuerpo Diplomático en honor de uno de sus miembros.

De pie en el descanso de la escalera, dos jóvenes muy elevantes arrebizados en sus largos gabanes de irrenrochable corte, presenciaban el desfile de los asistentes a la fiesta.

Parece que se espera a los amos, señores míos —dice al oído de los jóvenes una voz, al mismo tiempo que una mano les toca el hombro.

Volviéronse y se encontraron con el rostro bicarisco de su amigo, el hijo del Conde de Pereival.

—Muy bien, Conde.

—Puedo reunirme con vosotros?

—Querido Carlos —dijo, estrechando la mano del gordo.

Y volviéndose al compañero de

este, añadió: ¿Qué tal, señor de Altamira?

—¿Cómo, qué si podéis? Nos dáis con ello una satisfacción —repuso el de Altamira.

—Y a dónde vamos? —preguntó suspirando Carlos.

Al Casino, a falta de mejor sitio.

Carlos y su compañero se miraron, pues, no tenían un céntimo y su crédito estaba por los suelos.

Allá no vamos —respondieron.

—Están, pues, arruinados? —Objetó el Conde.

Por completo.

—¿No tienen ideas o medios de conseguir cien pesos?

—Como no sea...

—¿Pedírmelos a mí? (dijo el Conde.) Pues no os molestéis en ello, por que me encuentro en peor situación que la de ustedes.

—Y luego añadió en voz alta, con forzada sonrisa:

—¿Quién había de pensar, al vernos bien vestidos, con un buen "Chester" en la boca, con el aspecto de caballeros completos y descendientes de apellidos aristocráticos, que nuestros bolsillos están vacíos?

Pero no importa.

Tengo una idea luminosa que nos será de provecho para los tres.

Decid pronto qué es ello. —Interrumpieron los jóvenes.

Pues una vez que mi posición es análoga a la de ustedes, casi ríyan en miseria y una de las peores, la miseria con frac y botas de charol y teniendo que dejar esta sociedad en la que tan bien pasamos, debido a estas circunstancias, creo del caso asociarnos, cambiar nuestras impresiones y comunicarnos nuestras ideas, para uniendo nuestros esfuerzos volver a ser ricos. Todos los días vemos fundarse nuevas sociedades o asociaciones... ¿Por qué no podemos seguir la moda?

Así sacaremos provecho para todos.

Comenzaba a llover.

—Vamos —insinuó Carlos.—

—Vamos —Contestó el Conde— pero a cenar.

—Con qué dinero —Preguntó el de Altamira.—

Con un escaso crédito que tengo en "El Café Internacional".

Pues bueno. A cenar con nuestro crédito.

Bien pronto se instalaron en un reservado, pidieron abundante cena y ordenaron al mozo, que no los molestara hasta cuando ellos llamasen.

Al sacarse los abrigos se dieron cuenta de que estaban vestidos de rigurosa etiqueta, por haber asistido a la fiesta del "Club Parisien". Cruzaron ideas, lanzaron pareceres, discutieron mucho, hasta que Pereival se expresó así:

Señores: hemos visto las ventajas que nos reportará la sociedad, pero es necesario que firemos no

repetir una sola de las palabras, ni uno solo de nuestros planes aquí expuestos; a ser discretos y a no confiar a nadie nuestras resoluciones.

—Lo juramos —Respondieron Carlos y el de Altamira.

Yo juro con ustedes (añadió el de Pereival).

Así quedó constituida la sociedad, que jirará bajo la razón social de los "Invencibles".

El capital que cada uno aportará será:

La astucia, la mentira, la infamia, Explotarán secretos, venderán honras, comprometerán honores y si es necesario asesinarán. Reduciendo todos estos efectos de comercio a dinero.

No tengan recelo —continuó hablando el Conde— jamás seremos descubiertos, la justicia nunca busca a los asesinos, ni ladrones entre la aristocracia, para eso está la gente de pueblo, nosotros gozamos de inmunidad. Los tres saltaron una carajada siniestra, que repercutió sombría, entre las cuatro paredes del cuarto.

El Juez Gómez, seguido del doctor García entraron en la habitación.

Hace dos minutos yo hubiera podido salvar la vida a ese desgraciado.

—Murmuró el Juez con triste acento y se quedó pensativo.

—Luego, hablando como consigo mismo reflexionaba:—

Yo no sé que me pasa, cuando ha sentenciado a alguien a la pena de muerte, los nervios me dominan en una forma espantosa —y dirigiéndose al doctor García con tinuo— No se puede imaginar lo que sufro. Odio la pena capital, pero tengo que cumplir con mi deber. No puedo estar tranquilo cuando se que están quitando la vida a un hombre por orden mía.

Edmundo García era amigo del Juez, pero su amistad nunca le proporcionó una ventaja en el tribunal, presidido por él, por que el doctor Gerardo Gómez era un Juez para quien la ley era muy sagrada. No admitía personalidades en su tribunal. Para él todos eran apéndices de la ley.

La historia del crimen de Ricardo Grand, encierra un misterio —dijo Edmundo dirigiéndose al Juez— Escúcheme doctor Gómez la historia tal como yo tengo la convicción que es:

—Y comenzó diciendo —Estaba pensando en retirarme de mi despacho, cuando se presentó una mujer de maneras muy simpáticas. Tenía unos ojos negros de un atractivo muy grande. Era Nelly Ríos, una chiquilla singularmente hermosa.

—¿En qué puedo serle útil señorita? —le interrogó.

—Estoy apenada, y usted me ayudará a resolver un problema muy grave. Usted, ha conseguido la absolución de muchas personas culpables y creo que le será más fácil conseguir la de un inocente.

—Me respondió.

—El caso desde luego, me infundió curiosidad y comenzó por interesarme.

—Cuentéme lo que le aflige señorita —insinuó.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Se trata de Ricardo Grand —musitó al poco rato.—

Usted tiene que sacarlo de la cárcel doctor, lo quiero con toda mi alma, el no cometió el crimen de que se le acusa, estoy segura de ello. Ayúdeme doctor.

—¿Quién es Ricardo Grand? —volvió a interrogar.

—Es el hombre más bueno del mundo, es mi novio.

La Policía le acusa de haber asesinado antes de anoche al Cajero de un Banco y hoy lo tienen en la cárcel. Encontraron a Ricardo junto al cadáver pero medio loco, sin poder explicar lo que había sucedido, Ricardo estaba bajo la acción de algún narcótico por que no podía recapitular el por qué de su presencia en aquel lugar. Es seguro lo que le digo doctor, por que él no es capaz de ser un asesino.

Veré todo lo que pueda hacer por él, pierda cuidado señorita.

—Contestó.

Tan pronto como ella salió de mi despacho fui al departamento de policía, con el objeto de entrevistarme a Ricardo Grand. Me valí del jefe, que era amigo mío, para que me permitieran hablar con él.

Al entrar en la celda, el acusado me miró con recelo, pero tan pronto como le expliqué el motivo de mi visita se volvió un niño. unos veintidós años, robusto, de mediana estatura.

La historia de su vida no tenía nada de particular, era la historia de todo muchacho pobre que se gana la vida honradamente, para él y su familia.

Hace poco tiempo —continuó diciendo— conocí a Nelly y como la ví una muchacha no vulgar y que verdaderamente me amaba, decidí casarme con ella, para esto ahorrraba todo lo que podía. Depositaba mis ahorros en el Banco.

Las más de las veces, concurría por la noche a casa del Cajero con el objeto de entregarle mis depósitos, ya que éste lo aceptaba por ser mi amigo. El día me era imposible concurrir al Banco por que mi trabajo no me dejaba tiempo.

Quería casarme con Nelly.

Antes de anoche, al salir de mi trabajo y dirigirme a casa de mi banquero, deseoso de contar a alguien mi felicidad y al mismo tiempo de tomar algo que me quite la sed, entré de paso en el café de "El Gato Negro". Allí encontré a Pancho Jiménez, mi compañero de trabajo, le hablé de mi casamiento, de mis ahorros y del lugar a dónde me dirigía en ese momento.

A mi lado estaban dos individuos que no los tomé en cuenta al principio.

Se pusieron a jugar a los dados y yo me agregué a la partida. Gané algunos pesos que los sumé a los ahorros que llevaba a depositarlos y me retiré.

En el momento que salía a la calle los dos sujetos me alcanzaron en la puerta, poniéndose a charlar conmigo. Por último me preguntaron a donde me dirigía. Manifestéles yo que iba a casa del Cajero del Banco.

Ofrécílesme su automóvil, ya que ellos con gran casualidad, tenían que ir precisamente a hablar de un negocio de cédulas con el mismo.

A decir verdad estos dos sujetos no me disgustaron, parecían buenas personas. Emprendimos la

(Segue a la página 17)

# LA CITA FRUSTRADA

Especial para SEMANA GRAFICA.

Por César ANDRADE y CORDERO.

"C'est l'heure où l'on entend le silence des chambres"

Fernand Gregh.



Calmo el vaivén y desceñida paseas. El boudoir ríe de luna. De la estancia en el fondo se levanta un temblor de heliotropo y margaritas.

En la bermeja rucá tentadora —donde tus rizos trinan— la luz de la lámpara te besa y en el espejo fiel se perplejiza.

En la alcoba dormida el tic-tac del reloj va persiguiendo tus pasos en la noche. Desbochado va el viento en los ramajes de la umbría.

Tus pasos breves en la alfombra, riman con la nube que corre, con el agua que canta, con la luna que brilla...

La sombra se fatiga descuajando promesas de su entraña de donde ha de brotar en aléluyas el corindón del beso de la cita.

¡Caballero Lohengrín, dá prisa al cisne! ¡Caballero Lohengrín, gana la orilla!

Mas, canción de zafir la aurora canta en la ventana que hacia el valle mira el cielo en un torrente de bengalas hunde la cordillera estremecida;

y, entonces, bajo el blanco interrogante que en la alba el cuerno de la luna pinta, en el amplio diván te vuelcas toda, como una ánfora henchida.

César ANDRADE y CORDERO.

Cuenca—Ecuador.











# LUZ Y SOMBRA

Le agradó ese olor combinado de taco, piel sudorosa y esencia de violeta. Había mucha luz en el camerín, y los frascos del tocador centelleaban. El aire estaba caldeado, pero a él no le resultó desagradable. Para un provinciano, era bastante; y se alegraba de haber intentado...

Pero cuando miró otra vez a la mujer, advirtió en sí mismo un extraño estado de disgusto, de desconformidad; desde las plateas de teatro; ella era muy distinta, más joven, más bella; ahora, en el camerín, mostraba un rostro apagado de muchacha que ha envejecido de pronto. Había dos tristes arrugas bajo los ojos claros. Sentada en un sillón, con el cuerpo reclinado en uno de los brazos, carecía de agilidad, de frescura...

El hombre comprendió que estaba deseando escaparse. No se movió. Se quedó callado, mirándola de reojo, con el sombrero entre los dedos, como si esperase el milagro de que aquella mujer del camerín se le apareciera, por un instante, tal como él la veía en el escenario: ágil, joven, hermosa, cantando "Mi novio..."

Vió que, en un ángulo, había puesto el canasto de flores que él enviara a la actriz; la tarjeta había caído sobre el piso, y cuando sus ojos se posaron en la cartulina, fué con una extrañeza de redescubrimiento que levó su propio nombre; Jorge Pita. Jorge Pita...

—Es esta una declaración de amor? —dijo la mujer, de improviso, con una sonrisa nerviosa.

—Oh no! —repuso él, en un susurro sorprendido casi con miedo.

—Por qué no? —insistió ella— Usted me mandó flores, y ahora ha venido aquí, ha dicho dos palabras, y luego callado, está a la espera... Eso es una declaración amorosa... como cualquier otra. Un sistema que adoptan los tímidos...

—Los provincianos somos todos así —añadió él a responder—. Al menos, eso creo. Pero yo quería decirle que usted... usted me agrada cuando baila, cuando canta...

—Calla. Una secreta nostalgia lo invade. Trató de apartar sus ojos de aquel rostro pero el peso de la mirada de ella le oprimía las sienes. Balbuceó algo acerca de los restantes actores luego, acercándose un poco, se decidió por fin a decir:

—Escuche, Leda...

Su voz era a la vez dulce y cálida; la mujer se estremeció ligeramente, e hizo un gesto cordial, para que él terminase el párrafo.

—Por qué no canta? —dijo el visitante, suplicando.

—Cantar? ¿Ahora?

Leda sonrió amargamente. De manera que a él sólo le interesaba que ella cantase.

—Mi admirador es poco exigente —murmuró, como si hablara con un tercero, pero mirando al hombre.

—Cante —insistió él, empecinado—. Cante...

Leda se levantó, volviéndole la espalda. Sentía un extraño nudo en la garganta, y apenas alcanzó a decir:

—Un muchachito caprichoso... eso es usted.

Sentía sobre su nuca el tibio ahiento del hombre, y su voz, voz implorante, le llegaba a sus oídos como una caricia.

—No, Leda, no soy caprichoso... Pero, ¿por qué no canta para mí?

Ella permanecía de espaldas, rígida, inmóvil. Una gran dulzura la invadía, lentamente. Era como si la presencia de aquel hombre, que estaba casi tentándola, la hiciera más humana, le comunicara el ritmo acelerado de su respiración...

Alguién pasó por el corredor, haciendo ruido, golpeando una puerta. Leda giró lentamente, hasta encarar al hombre, y clavó sus pupilas en las grandes y limpias del visitante.

—¿Y...? —preguntó ansioso él. Leda se sintió conmovida. Quizá, por eso mismo, estalló en una risotada burlona.

—¿No le parece que esto es una comedia ridícula? —dijo, sintiendo toda la falsedad, todo lo que había de trivial en sus palabras.

Después, bajo la mirada severa del hombre, asumió una actitud provocativa, llevó un cigarrillo a los labios y, entre bocanadas de humo, canturreó:

"Mi novio..."

El hombre había cerrado los ojos, y se apoyaba en la pared del camerín. Le parecía estar viendo a Leda en el escenario, bañada por una luz azul, vestida con un traje vaporoso. Así, tal como a él le agradaba, la veía ahora. La orquesta, acelerando el ritmo, y los movimientos de la mujer, tornándose cada vez más elásticos, más sensuales. Las palabras de admiración entre el público, los saludos, el telón...

Cayó el silencio en el camerín, y él, abriendo los ojos, creyó ver en el rostro de Leda una expresión que era una pregunta: "¿Estás contento, ahora? Pero aunque quiso luchar, el encanto estaba roto. Sólo quedaba la mujer un poco envejecida, de mirada humilde, con arrugas bajo los ojos...

Ninguno de los dos hablaba. De pronto, Leda intentó una débil sonrisa, y su mano fué a apoyarse en el brazo del hombre.

Enternecido, él se inclinó a besarla.

A la noche siguiente, terminado el espectáculo, Leda recibió una nueva visita del hombre, en el camerín. Del hombre que estaba embriagado por la otra Leda, y perseguía su imagen... Así todas las noches, cada el telón él corría al camerín. Una vez, confesó a Leda que estaba celoso; pero de la otra Leda que desertaba esos celos; aquella Leda iluminada de azul...

—¿Celoso? —dijo ella.

—Sí. Todos te admiran, todos te aplauden... ¡Es horrible!... Allí, en mi provincia, una mujer es solamente del hombre a quien ama...

Y se puso a hablar de las mujeres de su tierra, de su simple y clara vida y poco a poco terminó por referirse a su madre, una campesina seca y consumida, de manos rugosas y ásperas...

—Pero yo —se atrevió a responder Leda, humildemente— soy una actriz...

## DE QUITO

(Viene de la página 21)

der, aún la fiesta estaba en su comienzo y vistiendo las galas vaporosas de la alegría y el exquisto humor.

En su elegante residencia Diplomática de la Avenida 18 de Setiembre, el señor Ministro Plenipotenciario de Italia, don Casimiro de Lieto, con el personal de la Legación, brindaron la más exquisita atención, durante la espléndida recepción y baile que ofrecieron, en las cuales una orquesta magnífica y una cena primorosa contornaron el cuadro de una brillante fiesta a la que asistieron cuanto de florido tiene Quito, en sus mundo diplomático y social.

Otra fiesta espléndida fué también la que ofreciera en su residencia, en la Casa de Venezuela,

Se retorció las manos, angustiada.

—¿Qué debo hacer, Jorge, qué debo hacer?

No hubo respuesta. Pero, al día siguiente, él fué a verla al camerín, antes de la función. Parecía estar nervioso, y antes de decidirse a hablar estuvo paseando de un lado a otro de la pequeña habitación. De pronto, dijo:

—Tengo que marcharme. He despachado los asuntos que me retienen en la ciudad, y mi madre me espera... Partiré mañana... Ya me he retrasado demasiado... Volveré a mis ocupaciones, a esa vida odiosa...

Había una mirada tan triste en los ojos de Leda, que el hombre terminó por irritarse.

—¿Y tú? —dijo agresivamente.

Leda soltó una breve risa nerviosa.

—¿Yo?

—Sí... ¿Qué harás?... Tu vida...

—¿Y lo preguntas! —rió ella, con voz falsamente alegre—. Por ahora seguiré cantando "Mi novio"... y cuando "Mi novio" haya pasado de moda... cantaré otra cosa.

A él le pareció que veía a Leda en el escenario, bailando, iluminada por la luz azul, vestida con gasas.

—Es absurdo —murmuró, como si hablara para sí mismo.

—¿Absurdo? —sorprendióse Leda, y dos pliegues amargos se le dibujaron a los lados de la boca.

Hubo un silencio. Después, él se le acercó y, sin dulzura alguna, dijo:

—Me casaré contigo, Leda.

En ese momento, alguien gritó desde fuera que la señorita Leda debía ir a escena, y el hombre se encontró solo, perdido, en un corredor del teatro.

Entró en la sala. La orquesta atacaba el ritornello de "Mi novio"; el escenario se iluminó de azul y Leda hizo su aparición, sonriente, provocativa, casi impúdica en su traje de gasa. Entonces, él olvidó su cólera anterior, la vida del campo, la casa, que lo esperaban, y se embriagó con la visión...

Después, cuando todo hubo terminado, y el escenario dejó de ser azul, Leda y Jorge se encontraron en la salida de los actores. L'ovia y tomaron un taxi. Ella se apretó contra él.

—Seré enteramente tuya —dijo muchas veces—. Igual que una mujer de tu tierra, Jorge... Y cocinaré, ya verás... Tu madre me enseñará... Y no cantaré más "Mi novio"... Nunca volveré a cantar esa canción.

—Nunca más —repitió él, como un eco, y sintió inmensas ganas de llorar.

el Excmo. señor José Rafael Montilla, Ministro Plenipotenciario de la nación hermana, en la cual hubo derroche de exquisitas atenciones para la numerosísima concurrencia que llenaba los fastuosos salones en los que se dieran cita lo mejor del mundo capitalino en diplomacia y sociedad.

La pintoresca quinta de la familia Mantilla Mata, dentro del perímetro de la ciudadela "Cristóbal Colón", floreció en la noche del 5 del presente con las más pintorescas y multicolores florecillas que invadieron esa mansión, en trajes típicos fantásticos, con afanes de dejar una nota de recuerdo en el danzar y por la fecha inspiradora de alegrías. Y allí hubieron todas las atenciones con el sabor de toda la exquisita gentileza, en derroche espontáneo de las dos damitas de la casa, señoritas Mercedes y Eugenia Mantilla Mata.

Ella no comprendía, pobre Leda, no podía comprender...

—Nunca más —volvió a decir, casi con solemnidad, sonriendo, y luego entregó a Jorge una de sus manos, pequeña, blanca, tibia.

Pero a él, ahora, le pareció estrechar entre las suyas una pobre mano rugosa y áspera, de uñas descuidadas, como las manos de las mujeres de su tierra...

Augusto DONAUDY

## DE LOJA

SEMANA GRAFICA.— Guayaquil.

Con motivo de Navidad, el Club de la Unión, floreciente Institución social que preside el distinguido intelectual lojano, doctor Eduardo Mora Moreno, celebró una hermosa fiesta infantil, en la cual congregó en sus amplios salones a todos los hijos de sus numerosos socios, los que fueron obsequiados con hermosos juguetes, caramelos y pastas, simpático acto que fué amenizado con escojidas piezas de música por la orquesta del Club.

Ha sido sumamente sentido el fallecimiento del señor doctor Abelardo B. Aguirre, Ministro Juez Jubilado de la Corte Superior de este Distrito. Tanto la Municipalidad Cantonal como el Tribunal de Justicia indicado, dictaron expresivos acuerdos exaltando la personalidad y memoria de tan distinguido ciudadano.

Agente—Corresponsal

Puede decirse que las horas que transcurrieron, les habría parecido a las cincuenta parejas el transporte a la ventura de un sueño de suprema felicidad, si tal fué la alegría que reinó.

Radiante felicidad reina en el hogar formado por el distinguido caballero, señor Miguel Salvador y su estimable esposa doña Consuelo Luque de Salvador, por el justo motivo del advenimiento de una linda princesita para este hogar.

También se ha colmado de dichas el hogar de los esposos, señor don Romeo Cordovez y señora doña Enriqueta Noboa de Cordovez, por el nacimiento de una linda bebecita.

En su residencia particular, el señor doctor don Aurelio A. Bayas, Ministro de Gobierno y su señora, ofrecieron un almuerzo a los señores doctor Julio Tobias Torres, Vicerrector de la Universidad de Cuenca y doctor José de la Cudra, profesor de la Universidad de Guayaquil.

En la Clínica Avora tuvo lugar el feliz advenimiento de una preciosa niñita, para el matrimonio Sáenz Vera—Pifreiros Montalvo.

Alguna mejoría ha experimentado en su grave dolencia, señor Víctor Oviedo, Subsecretario de Gobierno.

Llegaron a Quito para llenar sus misiones diplomáticas ante nuestro Gobierno, el Excmo. señor Francisco José Chau, Ministro de Colombia y el H. don Paul Loutzow, Secretario de la Legación de Alemania, a quienes se les ha dispensado las atenciones del caso.

Muy sentida ha sido la muerte de la respetable dama señora doña Zoila Pazmiño Ricaurte v. de Ortiz, madre del mayor don Miguel Ortiz, quien vino en avión ante el deplorable suceso.

Corresponsal RADA.